

LÓPEZ VELARDE, CRONISTA DE LA CIUDAD DE MÉXICO

Jorge Pedro Uribe Llamas

Escritor y periodista

ENSAYO

No suele evocarse esta ciudad “ojerosa y pintada” cuando se habla de Ramón López Velarde. Es más recurrente su natal Jerez, o “la bizarra capital” de su estado, donde cursó estudios de seminarista entre los doce y catorce años. De igual forma se piensa en Aguascalientes, lugar de su adolescencia y en cuyo Palacio de Gobierno, en uno de los murales, aparece elegantemente vestido delante de su amigo Pedro de Alba (al fondo “las garzas en desliz y el relámpago verde de los loros”). A veces también en San Luis, donde se licenció en Derecho, y hasta en el potosino pueblo de Venado, que le sirvió de residencia por al menos ocho semanas.

Pero el jerezano fue ante todo un capitalino de buena cepa. Esto es, un foráneo en la Ciudad de México, la cual observó y caminó sin fatiga y en la que residió durante casi una década¹, el período más provechoso de su vida como escritor. Pero que también padeció. México era para él, entre otras definiciones, la urbe “en que se enlazan el mal y la tristeza”.

La única de grandes dimensiones que llegó a conocer y en consecuencia un símbolo personalísimo de *la ciudad*.

Por otra parte, resulta infrecuente considerar a López Velarde como un cronista urbano. Cunde la idea de que fue poeta y nada más. El poeta nacional, para colmo, y no hay título más equívoco que el de poeta nacional, según Juan Villoro.

1 Ocho meses en 1912, y a partir de enero de 1914 siete años y medio ininterrumpidamente.

Que la inercia posrevolucionaria haya constreñido su figura a la poesía y a “La suave Patria”² ha traído más males que bienes en cuanto a su comprensión cabal como autor. En opinión de José Emilio Pacheco, esta “especie de segundo Himno Nacional oscureció para el gran público su obra restante”. Justo lo que ocurrió el año pasado de centenario luctuoso, con todo y buenas intenciones, desde los medios de comunicación e instituciones oficiales.

Sin embargo, si echamos un ojo a las *Obras* amorosamente reunidas por José Luis Martínez en 1971, descubriremos que la obra poética de Ramón comprende poco más de 150 páginas, en comparación con las 540 de crónica, crítica literaria, cuentos, cartas y un copioso periodismo político³.

Estamos, pues, ante un escritor mucho más versátil de lo que acostumbramos pensar y en cuya producción literaria, quién lo diría, destacan las crónicas de manera especial: nada menos que 119 piezas —no todas de índole urbana— escritas entre 1907 y 1917.

¿Se trata propiamente de crónicas? A veces parecen más ensayos líricos. Pero, ¿cuál es la diferencia? Tomemos en cuenta lo que dice el argentino Ezequiel Martínez Estrada a propósito del ensayo moderno: capaz de “alcanzar cualquier dimensión, desde el aforismo hasta la crónica exhaustiva”, y donde caben “con idéntica licitud el escolio, el relato, el panfleto, el panegírico”.

Vayamos por orden cronológico:

“Dolor de inquietud”

18 de mayo de 1914

Caminando en la noche por una calle lavada por la lluvia, las notas de un piano nos sugieren emociones sutiles, paisajes de cuento de hadas, figuras castas, como las del pincel de los frailes pintores que eran dueños de una luz celeste. Y entonces nos sentimos ligeros como el ala de un ángel y ambicionamos con Verlaine el vestido de lino. Pero aquello no dura más que un instante. Las notas del piano y el ambiente de la calle se vulgari-

2 Último poema suyo que alcanzó a ver en pruebas tipográficas.

3 La tercera parte de su obra, acusa Marco Antonio Campos.

zan, y los fantasmas platónicos se hunden en las aguas muertas de nuestra alma.

Esta crónica de *La Ilustración Semanal* parece evocar el estilo medio afectado de Altamirano y hasta la corografía sentimental y costumbrista de Payno. Lo cierto es que exhibe más bien un estilo propio, una voz joven y consumada a partes iguales que obedece el consejo de Baudelaire de ser poeta, aun en prosa (contra la idea, tan vigente actualmente, de mantener inmiscibles los géneros). ¿También la esforzada simpleza de los microrrelatos de Lugones?

No trasluce el genio político de Prieto ni la prosa desenvuelta de Gutiérrez Nájera, tampoco la garrulería colonialista de González Obregón o la erudición romántica de Marroquí. Nuestro jerezano da la impresión de anticipar más bien la pluma de Renato Leduc.

También se prefigura –por ejemplo en el “cuento de hadas” y en las “notas del piano”– la media sonrisa de Novo, quien rehuirá de los lugares comunes con una claridad semejante.

Sorprende que Monsiváis no haya incluido a Ramón en su antología de la crónica en México. Será por su acento heterodoxo, reformador. Pues así como Manuel M. Ponce renovó la música nacional, dándole la vuelta al romanticismo, una vuelta nacional, puede que Ramón haya modificado la crónica urbana otorgándole un tono más íntimo, moderno y no tanto modernista. Como Herrán con su pintura.

Sigamos:

“El señor Invierno”

1 de enero de 1916

Veréis en la carretela que va atravesando el Zócalo, dos mujeres que apenas se llevan una estación de diferencia (...) Miraréis en nuestra amplia avenida del 5 de Mayo a un caballero que da la mano a una niña (...) Es justo que el Invierno nos dé una compensación como regalo de Noche Buena. Porque por más que Montaigne afirme que todo nuestro ejercicio filosófico se reduce a aprender a morir, nos duele ver las fugas de las horas.

Del mismo modo que el cronista equipara aquí el invierno con un caballero y a la niña con la Noche Buena, no es infrecuente que López Velarde haga corresponder la ciudad con las mujeres. Esto se nota en poemas como el inacabado “El sueño de los guantes negros”.

Ahora bien, en el “El señor Invierno”, crónica impresa en *El Nacional Bisemanal*, inferimos que el par de mujeres que apenas se llevan una estación de diferencia pueden tratarse, en última instancia, de las respectivas capitales de antes y después del presidente Madero, o de los siglos XIX y XX.

Otro aspecto importante es la preeminencia de las personas y ambientes por encima de los lugares y acontecimientos, demostrando que la lírica es, en el fondo, el alma de la crónica. Lo dice Monsiváis de este modo: “[La crónica es la] reconstrucción *literaria* de sucesos o figuras, género donde el empeño formal domina sobre las urgencias informativas”.

No es tanto *lo que sucede*, sino lo que *le sucede* al autor.

Un mes más tarde, y en el mismo orden de ideas, el cronista se entretiene “con un sabroso capricho: el de trasladar al campo la mujer más sugestiva de la Capital”. La crónica en cuestión se publica, por no variar, en *El Nacional Bisemanal*:

“La dama en el campo”

26 de febrero de 1916

Usted tan urbanizada, ¿cómo se vería vestida de negro, en el tablero amarillo de la cosecha? (...) ¡Qué gallarda debe ser la dama galopando, en un corcel animoso, por lo plano del valle y la curva de las laderas! Quizá se fatigue; pero, aun en su fatiga, ha de ir fascinante su pelo, descompuesto por el galope; quizá se asfixie, pero la asfixia agravará, con un carmín incipiente, la tentación de su palidez.

¿Es la dama un símbolo de la fatuidad urbana? De algún modo notamos la influencia de Baudelaire, aunque en versión menos despiadada. Luego aparece en la misma publicación:

“Carmelita y el tren eléctrico”

25 de julio de 1916

Una señorita, cuyo nombre no recuerdo, reclamaba, días ha, desde las columnas de no sé qué diario, el derecho de las mujeres a los asientos del tren eléctrico, a cualquier hora y contra cualquier varón. Más cortesía y menos comodidad, decía la señorita. Además, la reclamante juzgaba vergonzoso el espectáculo de los trenes a la una de la tarde y a las ocho de la noche. Un Colonia Roma o un Santa María eran, para la quejosa, la comprobación de que los hombres ya no somos más que congéneres de Barba Azul, agraviando al mismo. Supongamos que la señorita se llama Carmen Ortiz (...) Supongamos que Carmelita ha ardidido en ira, yendo de pie y con hambre, a bordo de un tren, por Bucareli o por la Rosa (...) Yo, personalmente, estoy de acuerdo en todo con la señorita Ortiz. Ella me permitirá, no obstante, oponer algunos reparos (...) Carmelita (...) quiere el asiento del tren simplemente porque es mujer (...) ¿Cómo podrá Carmelita desalojar de su asiento a un gordo o a un flaco, si existe la teoría del primer ocupante? (...) Las damas que se nivelan con los caballeros no deben temer que el nivel se descomponga por asiento más o por asiento menos, pues tal temor sometería al feminismo a contingencias ruines. A contingencias de tren eléctrico.

Por último, recalquemos algunos momentos notables de la crónica sobre la avenida Madero porque es de lo más pulido que nos ha dejado nuestro escritor.

“La avenida Madero”

8 de marzo de 1917

Plateros... San Francisco... Madero... Nombres varios para el caudal único, para el pulso único de la ciudad. No hay una de las veinticuatro horas en que la Avenida no conozca mi pisada. Le soy adicto, a sabiendas de su carácter utilitario (...) Cuando vine a México a radicarme, yo tenía ya la ropa tendida a secar. Por ello he sido un observador suficiente de las congestiones políticas, menos cuando en la banqueta del Cine Palacio, al consumarse el cuartelazo, me robaron mi reloj unos energúmenos que vitoreaban a la Ciudadela (...) En un café situado frente a San Felipe conocí al autor de *Lascas* (...) Recuerdo la tempestad

que se alzó en la Cámara de Diputados con la declaración de un orador de que la Avenida era el vicio ambulante. No flota en ella, ciertamente, olor a santidad; pero tampoco escasean los honestos vehículos (...) Acuden familias de riqueza intempestiva y de indumentaria chillante, mas sin portillo moral. Acuden los vestigios de nuestra llamada aristocracia, fieramente colonial y erizada de ayunos y de abstinencias (...) Estas muchachitas, que para atravesar de una a otra acera se cogen de la mano y construyen así la tímida cadena (a la una, a las dos, a las tres), temen a los automóviles fundamentalmente (...) He comprendido a las sociedades protectoras de animales al asistir a la tragedia de los caballos que, en las fechas lluviosas, azotan contra el barro. Desde la esquina del Salón Rojo he sentido renacer una salvaje piedad en favor de las explotadas bestias (...) Conocí a un demente que me despertaba a deshora para repetirme: ‘Plateros fue una *calle*, luego una *rue*, y hoy es una *street*’. No creo lo último. Pero me inquieta el porvenir al pensar en los letreros en inglés de la Avenida y en el templo protestante que la flanquea.

Madero era por aquel entonces el tontódromo de la ciudad, como quien dice, por donde paseaban los gomosos que ya no pudo dibujar Gutiérrez Nájera: “Familias de riqueza intempestiva”, “sin portillo moral” y de cariz “fieramente colonial”, que se reunían en El Globo para oír la orquesta de *banjos*, o en Lady Baltimore a degustar el panqué de pasas, y tal vez comentar los artículos de la revista de arte *Don Quijote* o los diálogos de la novela *Los de abajo* (1916) de Mariano Azuela, novedad importante para los lectores duchos. Sin sospechar muchos de ellos que bien pronto arribarían modas tan chirriantes —o fascinantes, según— como el art decó, la arquitectura neocolonial, las *pelonas*, el charleston y el jazz, el tenis y el culturismo, y la higiene corporal y mental, la proliferación de tés danzantes, el Chanel No. 5, las palmeras como elemento urbano, la radiodifusión...

Una Ciudad de México próxima a adoptar el estilo de vida estadounidense en pleno. Para muestra “los letreros en inglés” y “el templo protestante”, antecedentes contextuales del primer Sanborns, cafetería estilo yanqui de 1919.

Por otra parte, advertimos el novedoso temor a los automóviles. Esto, en una urbe de alrededor de 700 mil habitantes que ya empezaba a conducir (y andar en bicicleta).

Este es el periodismo lírico de un “observador suficiente”, más que participante, aparente periférico en medio de la acción, dipsómano de lo mínimo que escribía con la mano izquierda⁴, logrando hacerse a un lado elegantemente para dejarnos ver. Estamos, pues, ante una crónica “menos externa, más preciosa” (como leemos en el ensayo “Novedad de la Patria”). De aquello que piensa y siente el escritor – más que un *flâneur*, un ciudadano– al caminar por la calle. Sin competir con el cine ni la fotografía, incapaces de alcanzar por aquel entonces el paisaje íntimo al que apelaba el psicoanálisis; la trayectoria irregular de un bailarín que, a decir de Villaurrutia, seguía Ramón escuchando una música interior.

24 de junio de 2022

PIROCROMIO

45

#27 Periodismo

4 La imagen la tomamos de la obra de teatro *Retrato hablado* (2021) de Juan Villoro.